

Santa Cena

El cristianismo del Nuevo Testamento no es una religión de ritos; es contacto directo con su Dios, por medio del Espíritu Santo. Por lo tanto no establece un sistema rígido de culto. Existen, sin embargo, dos ceremonias que son esenciales puesto que fueron Divinamente ordenadas, es decir, el bautismo y la Santa Cena.

En virtud de su carácter sagrado se las describe a veces como sacramentos, es decir, cosas sagradas; también se las llama ordenanzas, porque fueron ceremonias ordenadas por el Señor Jesucristo.

“²⁶Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo.²⁷Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos;²⁸ porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.²⁹Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre”. (Mateo26:26-29).

Cristo la celebró sólo una vez con sus discípulos la víspera de su pasión.

Es importante aclarar que no participamos de la Comunión para recibir perdón de nuestros pecados. No hay poder en el sacramento en sí para dar perdón a quien participa del mismo.

Tomamos la Comunión en obediencia al mandato de Cristo. En memoria de Él. Para anunciar su muerte. En expectativa de su pronto regreso.

Nadie toma esta Cena por ser digno.
Únicamente por su gracia hemos nacido en la familia de Dios.
Nadie debe sentarse en la Mesa con orgullo.

Ningún cristiano debe retraerse, por temor, de la Mesa de un Padre amoroso y Celestial. El nos invita a venir y no debemos negarle el placer de nuestra comunión.

Todo creyente debe acercarse humilde, pero confiado y con la frecuencia que la iglesia estime oportuna a la Mesa del Señor.

En la Cena Él se acerca para tener comunión con nosotros como lo hizo en el camino a Emaús.

¿Quiénes pueden participar de ella?

Al participar de la Santa Cena testificamos de nuestra comunión con Cristo por medio de la fe, y por consiguiente, de nuestra comunión con todos aquellos que, al igual que nosotros, han creído en Él como único medio de salvación.

Es un momento especial, pues recordamos que, aunque para nosotros, la salvación es gratuita, Dios tuvo que pagar un alto precio por ella.

“Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata,¹⁹ sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación,²⁰ ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros,²¹ y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios”. (1ª Pedro 1:18-21).

Mediante este acto sagrado, manifestamos nuestra fe en su muerte expiatoria y su próxima Segunda Venida. Por lo que hemos de examinarnos a nosotros mismos. No al hermano que tengamos al lado, sino a nosotros mismos, para ver si hubiese algo en nuestras vidas que estorbe a nuestra comunión con Cristo a los hermanos, y ponernos a bien antes de que Él venga.

Sólo las personas que, por fe en Cristo, han nacido en la familia de Dios tienen derecho a sentarse a Su mesa en comunión con el Señor.

El hombre natural y el incrédulo no deben hacerlo, pues atraerían juicio para sí mismos.

Algunas iglesias tienen por regla que sólo los creyentes bautizados puedan participar. La mayor parte de las iglesias reciben en la comunión a miembros de otras iglesias siempre que estén en buenas relaciones con ellas.

Algunas congregaciones apartan de la comunión de la iglesia a algunos miembros por disciplina, y éstos deben abstenerse, según dichas congregaciones, de participar ni en su iglesia, ni en ninguna otra, hasta ser restaurados a la comunión.

¿Cómo debe practicarse?

Es esencial un autoexamen antes de participar de la Santa Cena.

*“²⁸Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa.
²⁹Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí.³⁰Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen.³¹Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados;³²mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo”. (1ª Corintios 11:28-32).*

“⁵Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?”. (2ª Corintios 13:5).

“²Escudríñame, oh Jehová, y pruébame; Examina mis íntimos pensamientos y mi corazón”. (Salmo 26:2).

*“²³Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos;
²⁴Y ve si hay en mí camino de perversidad, Y guíame en el camino eterno”. (Salmo 139:23-24).*

No se trata de examinar a los demás, sino a sí mismos.

Cómo debo examinar a mí mismo? Preguntándome:

¿Creo realmente en el Señor Jesucristo?

¿Existe algún pecado no confesado en mi vida?

¿Me arrepiento de mis pecados?

¿Deseo vivir en santidad?

¿He perdonado a quienes han pecado contra mí?

¿Soy obediente a las Palabras de Dios en mi vida?

Sólo el pan y el vino son los dos únicos elementos usados como símbolos del cuerpo y la sangre del Señor Jesús.

No enseñamos la transustanciación de los elementos que siguen siendo únicamente pan y vino, símbolos o figuras.

Durante la celebración de la Comunión, el pan y el vino siguen siendo lo que son, sólo símbolos del Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo que nos ayudan a recordar su sacrificio en nuestro favor. No se realiza ninguna transustanciación de los elementos. Cristo estaba usando un lenguaje figurativo al igual que cuando dijo: “*Yo soy el camino*”. (**Juan 14:6**); “*Yo soy la puerta*”. (**Juan 10:7**); “*Yo soy el pan*”. (**Juan 6:35**); etc.

No existe ningún poder místico o cambio en los elementos.

El pan debe ser sin levadura, que significa abstinencia de pecado. De lo cual se entiende que después de tomar la Comunión debemos mantener nuestras vidas sin contaminación de pecado, limpias y santas.

Resultados

El creyente, es limpiado y purificado al examinarse a sí mismo y pedir que la sangre de Cristo quite no sólo el pecado sino también el deseo de pecar.

El creyente es fortalecido por la comunión con el Señor y sus hermanos los creyentes.

El creyente, a demás, es edificado al haber meditado en la muerte y el regreso de Cristo.

Pr. Nicolás García